



A lo Sumo

fotos **M.A.F.I.A.** / texto **Paula Brecciaroli**

Desde Astroboy, Heidi y Mazinger, los dibujos de animé forman parte de nuestra infancia, comer sushi es una alternativa cotidiana y los amantes del aikido y el karate no nos sorprenden con sus indumentarias deportivas por la calle.

Pero entrar en el Centro Okinawense de la Argentina para ver el Sudamericano de Sumo no deja de parecer una rareza.

Sobre este deporte, poco conocido en el país, solo tenemos imágenes de referencia. Hombres con rodete, de cuerpo voluminoso, vestidos sólo con una cinta que poco tapa su desnudez y que se dan empujones.

En el Centro Okinawense nos reciben tres señoras en kimonos, y al traspasar la puerta entramos, como a través de un portal, a un salón donde las tradiciones niponas reinan junto al olor de los choripanes que se prepa-

ran en el jardín del fondo. Las familias se ubican en las sillas que rodean el dohyo, un círculo de arena de 4,5 metros de diámetro donde los competidores tratarán de tirarse al piso o sacarse fuera de los límites con toda la fuerza de sus cuerpos.

Las reglas básicas de este deporte, son simples. El primer luchador en tocar el suelo con alguna parte de su cuerpo, a excepción de sus pies, o el primero en salir del círculo, queda eliminado.

Por sus afinidades con la lucha es difícil establecer sus orígenes. La historia antigua nos lleva a un mitológico combate entre los dioses Takemikazuchi y Takeminakata, en las playas de Izumo. Se dice que la victoria de Takemikazuchi, dios del trueno, torciendo el brazo de su oponente y derribándolo, determinó que el antiguo pueblo del Japón pudiera habitar esos territorios.





Este tipo de combate fue heredado, en la antigüedad, por los samuráis y los ronin, como una forma de duelo.

En el amplio salón de la Avenida San Juan, el torneo de sumo tiene sus particularidades. Buscando entre la gente a las moles orientales, rápidamente sorprende que entre los competidores encontremos también hombres flacos y fibrosos, mujeres y niños.

Todos ellos visten el mawashi, una cinta de lona de un metro de ancho por siete de largo. Para colocarse este cinturón de combate, los competidores necesitan ayuda. Con varios dobleces van recorriendo la cintura del competidor, pasando luego entre sus piernas, dándole forma de una T en la parte trasera y ajustándose en una serie de nudos que siguen una misma secuencia.

El sumo es un deporte reglado por tradiciones. La alimentación tradicional es estricta y destinada a aumentar y mantener el volumen de sus cuerpos de budas. El entrenamiento en Japón indica alimentarse con abundante chankonabe, una comida típica que consiste en un guiso de carnes, pescado, verduras y legumbres.

Aunque entre los competidores amateurs, parece estar aceptadas algunas tentaciones y se permiten pasar por la parrilla en busca de choripanes.

El torneo, a punto de comenzar, separa las categorías de niños, joshi-sumo (femenino) y sumo masculino según peso, con participantes de Brasil, Paraguay, Uruguay, Venezuela, Holanda y Argentina.

Aunque sea poco lo que sabemos de este deporte amateur, se practica en la Argentina desde hace más de 25 años. Los inmigrantes japoneses, ubicados en la zona de Burzaco, ya practicaban esta disciplina en un ámbito privado desde el año 1935, pero con la Fundación Argentina de Sumo, este deporte comenzó a hacerse abierto. En sus inicios, se instaló el primer dohyo en el Jardín Japonés y en 1985 se envió por primera vez un competidor al Torneo Internacional de Tokio.

Dentro de la historia del sumo local, se destaca Marcelo Imach, un argentino que se radicó en Japón y hoy es conocido como Hoshitango, formando parte de los luchadores profesionales del país nipón.

Los primeros en competir son los niños. Los pequeños luchadores se empujan con fuerza en el círculo de arena que parece quedarles grande. De a poco van llegando las delegaciones de los otros países y el clima se carga de esa energía y empuje digna de los gigantes competidores.





Antes del torneo de los adultos, un grupo de percusionistas llena el salón con la tensión rítmica del taiko.

Las mujeres se alistan. El joshi-sumo o sumo femenino mantiene las mismas reglas que el masculino. Otra vez la fuerza y la astucia en las tomas y llaves, gana el espacio. Los combates, son cortos e intensos. La frustración de la derrota y el dolor físico se imprime en las competidoras que dejan el dohyo.

Un silencio espontáneo toma el salón casi por sorpresa. La ceremonia de bendición del dohyo marca el inicio del torneo masculino. Se realiza una ofrenda de alimentos, rociados con sake a los dioses, a fin de aplacar su furia y para pedir que los luchadores no sufran lesiones. Parte de este ritual se repite también al inicio de algunos combates. Ello consiste en dar palmadas y pisar fuerte, para demostrar armonía entre el cielo y la tierra y arrojar un puñado de sal para ahuyentar a los malos espíritus y purificar la arena.

Los competidores se acercan. Algunos no tan voluminosos, menos que orientales, pero con la pasión y el respeto por las tradiciones de su deporte. Las miradas se cruzan y crece la tensión previa al combate.

Los oponentes que suben al dohyo, se estiran y arro-

jan sal. El combate parece empezar antes que los músculos se pongan en acción. Una lucha, interna y silenciosa en sus miradas estalla a la primer indicación del árbitro, en un choque feroz.

El público mira boquiabierto la fuerza transformada en cuerpos que se empujan, se quiebran y se enganchan para terminar fuera del círculo de arena. La lucha dura sólo unos segundos, el tiempo que dura la sorpresa. Un instante que determina el triunfo o la derrota de cada competidor.

Así, se suceden los combates, casi espontáneos, donde los ritos de inicio suelen ser más largos que el combate mismo.

La potencia de los luchadores arrasa y deja marca y dolor en el cuerpo.

La noche cae sobre Buenos Aires y finaliza el torneo. Un torneo donde el cruce de culturas, el respeto, la admiración y la práctica deportiva se destacan, y nos hacen sentir parte de un mundo que ya no tiene antípodas. Porque mientras un argentino combate sumo en Avenida San Juan y Jujuy, una pareja de japoneses, se trenza con el mismo fervor, bailando un tango.

